

Juan A. Ortega y Medina, *El conflicto anglo-español por el dominio oceánico (siglos XVI y XVII)*, México, Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM, 1982.

El presente libro tendrá una repercusión intensa entre los lectores de habla castellana y sería de desearse una buena traducción al inglés, pues aun de mayor interés debería ser dentro del mundo sajón. Con visión histórica sin par, erudición y síntesis rigurosa, además de su estilo característico, el andaluz Juan A. Ortega y Medina ha podido manejar uno de los problemas mayores enfrentados por los historiadores latinoamericanos y también españoles, pues, al parecer, los sajones han resuelto la cuestión desde tiempo atrás con simplificaciones. Es difícil que culturas con diferencias tan grandes logren adentrarse en la filosofía una de la otra y que profundicen los motivos y el significado de la historia ajena.

Resolver la conquista y la colonización del continente americano y la extensión del comercio, a la explotación de la riqueza con argumentos económicos, es una solución tentadora si además se explota la temática de la destrucción de las culturas indígenas o de civilizaciones locales como hace la famosa leyenda negra. Pero, entender más allá, valores evangelizadores y espirituales, o intercambios e hibridaciones culturales resulta otro cantar y permítasenos esta expresión.

El tratado que tenemos en mano resultado del trabajo de este paciente y terco andaluz en pos de otra visión, no se limitó a dar las razones de la leyenda negra como una oposición al imperio español sin más, buscó la contraposición filosófica y social tanto religiosa reformista, como contrarreformista, que caracterizó el albor del siglo XVI con el gran cisma eclesiástico, cuya consecuencia fue la victoria de la modernidad protestante y burguesa, británica, al enfrentarse a la postura católica y misoneísta hispánica. Enfrentamiento de trascendencia, éste, tanto para Europa como para el resto del mundo.

Si esa trama es la principal de la obra de Ortega y Medina, su análisis obliga a este investigador a entrar con agudeza y golpes muy certeros en la verdadera raíz de las dos posturas, sin hacer a un lado el conflicto real y material histórico de la pugna entre intereses concretos, que fueron en definitiva, los que determinaron los papeles históricos respectivos.

Entra, así, en el estudio del sentido social y económico de los cambios internos en la sociedad inglesa y establece el contraste con la tendencia estacionaria de la superestructura castellana; destaca la pérdida que significó la detención de la iniciativa privada apresada por

ella, a pesar de haber proporcionado los elementos de navegación y de conocimiento, en su época, mismos que posibilitaron las fórmulas necesarias para las grandes navegaciones y exploraciones mundiales, hasta el punto de lograr módulos imitados y absorbidos por los ingleses, en los que luego fincaron, al pasar del tiempo, su grandeza (capítulos I, II y III).

Pero de esos módulos asimilados se llegó al convencimiento de su conveniencia, una vez ajustados a las filosofías religiosas; en ellas el *valle de lágrimas* católico se transformó en el *paraíso recuperado*, convertido en mensaje protestante y puritano, que recrearía la civilización inglesa como ley moral, tolerancia religiosa, pía provechosa esclavitud, activismo y productivo operar en el mundo sin pretender no obstante la justificación por las obras (p. 26). Como lo planteó Robinsón en contraste con el *mundo-engaño* de Andrenio, para quien la realidad es, además de embelecadora, peligrosa, y se cae una y otra vez escarmentado con amargos desengaños hasta alcanzar por fin la isla de la inmortalidad. Los primeros son los prototípicos y prácticos que luchan activamente contra las dificultades del mundo y al actuar sobre éste acaban transformándolo, y por consiguiente triunfando en él; en cambio, en dirección opuesta actuaron los segundos a partir de mediados del siglo XVI, los cuales se encuentran también en el mundo; mas no para cambiarlo y manejarlo, sino para alinearlos y padecerlo, como sucede en el caso del héroe más representativo del mundo hispánico: Don Quijote de la Mancha (p. 102-103).

En este recuadro encaja Ortega y Medina la actitud inglesa y el manejo del mar océano y de las nuevas rutas marítimas que pusieron a Inglaterra en situación envidiable al sentirse libre de la minorvalía que lo nórdico le había impuesto hasta entonces. Logró así comunicarse con el animal doméstico en que se convirtió la fiera monstruosa, y transformarla en cómodo medio de comunicación y unificación, y fue revelación el valor que tuvo para Inglaterra a pesar de la oposición hispano-portuguesa, al saltar económicamente desde el eje de Europa mediterránea, cerrado por los turcos a partir de la toma de Constantinopla en 1453, hacia los grandes océanos.

Característica del nuevo hombre británico, tudoriano, cristiano reformado, burgués y protestante será el comercio, la industria, la navegación, la competencia marinera, la piratería justificante y el trabajo cotidiano productivo, que se traduciría en gracia de Dios y en beneficios económicos con la mira superior de la seguridad y la confianza en la propia salvación. Misma ésta, que dio el impulso misionero de acento hebráico y profético, a la vez que una conciencia de pueblo elegido por Dios para cumplir una misión redentora en el mundo que, a pesar de divina, tenía sus ribetes humanamente razonables, a la vez trascendentales y mundanos. Ésta fue la expectativa mesiánica que condujo a Inglaterra a la expansión marina y, con

ella, al desarrollo de su incipiente industria y comercio. El mercantilismo mediterráneo especulativo, depredatorio y disolvente fue trocado en un capitalismo industrial, creador y constructivo que convirtió a Inglaterra en nación moderna.

¿Quién hubiera dicho que aquella modernidad iniciada a bordo de las galeras mediterráneas medievales y expandida por las flotas hispánicas “como un mercantilismo ruin y oligomonopolista diera lugar a que los galeones ingleses y holandeses llevaran la modernidad a sus últimas consecuencias”? Y ello sucedió “al despuntar como potencia mercantilista y naviera con Enrique VII (1485-1509) y con la evolución económico-política camuflada por el anglicanismo acompañado de la renovación técnica de la construcción, navegación y manejo de bajeles capaces de ceñir el viento”, que revolucionaron la táctica y la estrategia navales, con las que se enfrentarían con los navíos hispánicos majestuosos pero, “a grande nave grande fatiga”, según los propios marineros ibéricos. Y, ni qué decir tiene, la trascendencia de los cambios de la marina de guerra, que bien se demostraron en 1588.

Así apareció la pléyade de constructores, inversionistas, navegantes famosos, desdeñados por España por depredadores y piratas. Pero ennoblecidos representantes de la burguesía inglesa por su propia reina, en vista de los programas expansivos y agresivos que llevaron al cabo en contra de España, como hombres modernos endurecidos en los negocios, sin escrúpulo religioso ni conciencia social, al margen del anticuado sentido feudal de responsabilidad.

Así fue como el mar se convirtió en el foco de máxima atención, y se sintió que Inglaterra radicaba en las empresas oceánicas su presente y su futuro histórico, su ser, su vida y sus ansias, su justificación para consigo misma, su religión, su salvación, ¡todo! Hasta lo convertía en el recipiente de la doctrina protestante, ya fuera anglicana o puritana (p. 114).

En cambio en el campo opuesto, en el hispánico, todo parece operar a la inversa. De la expansión mediterránea medieval, sostenida por Cataluña y Aragón originada en la fusión de las tradiciones marítimas noratlánticas y mediterráneas, las de las cartas de marear y de los portulanos suministrados por la notable escuela mallorquina, de la fecunda colaboración de la ciencia náutica portuguesa con los astrólogos y astrónomos españoles e hispanojudíos, del timón de popa, de la brújula con la rosa de los vientos, el astrolabio y el nuevo velamen. Y, después del emporio mercantil de Barcelona, de combatir los famosos y terribles “almogávares” a los turcos, y fundar los ducados de Atenas y Neopatria, todo ello producto de una patente burguesía asociada a la corona, capaz de reducir la nobleza catalano-aragonesa a su responsabilidad militar, se pasó, al heredar Castilla, a una aristocracia poderosa de poder territorial y económico de suprema impor-

tancia. Ésta, basada en el manejo de la explotación lanar que convirtió la flota cantábrica en el instrumento del poderío marítimo castellano, se enfrentó por esos intereses con los ingleses del Canal de la Mancha al dirigirse a los telares flamencos. Operación que monopolizó la nobleza prácticamente dueña de toda la renta nacional, mientras la falta de agricultura iba empobreciendo el país. No se logró el equilibrio que hubiera significado el sano desarrollo de la burguesía, de acuerdo con la experiencia habida en las tierras de levante y dieron al traste con la fortaleza de la propia marina castellana, cuya actuación fue decisiva en defensa de la ruta de comunicación entre flamencos y castellanos, por oponerse a la libre empresa con que los enfrentaron los ingleses, los franceses y los hanseáticos a la vez, desde el siglo XIII al XV, actuando tanto en el Mediterráneo como en el Atlántico.

En cambio, el vuelco absolutista de la monarquía, con los reyes católicos, detuvo la evolución burguesa castellana e inició el proceso hacia un débil mercantilismo monopolista asegurando el triunfo de la Castilla señorial. Si bien se desposeyó a la nobleza del poder político convirtiéndola en cortesana, se favorecieron, en vez de cambiar, la acumulación y la ampliación de la propiedad territorial de ese estamento. Las comunas y los consejos no pudieron influir a través de las cortes en esas decisiones reales, apoyadas en el aluvión de metales llegados de América que anularon el poder de las mismas, pues los reyes se vieron liberados de las instituciones limitantes. El giro de la política centralista y de la economía española apoyada en los caudales americanos, acabó con la tradición armadora de Castilla como actividad libre, privada, particular, y también con la tradición del dominio del mar de la Cataluña medieval de los siglos XIV y XV.

A pesar del nacimiento del "imperio" español, también dio comienzo lo que para nosotros es la decadencia de España pues los súbditos del rey sólo pudieron proseguir una ruta ruinosa emprendida por una aristocratizante oligarquía, cuyo estilo de vida no encontró obstáculos frente a la burguesía debilitada, en extremo, y casi eliminada por el desastre económico iniciado con el emperador y continuado catastróficamente por su filipésca y degenerada descendencia. El pueblo no se distrajo de su destino histórico que se vio aplastado por la losa de la sobreestructura Estado-Nobleza-Iglesia que se le impuso, pero a pesar de sus resueltos levantamientos poco pudo hacer.

La poca visión de los políticos burócratas y poderosos españoles, el sostenimiento de estructuras marítimas obsoletas, la codicia del espacio en las naves y la falta de los procedimientos modernos de batalla en el mar, irritan a Juan A. Ortega y Medina que salpica su indignación con las citas críticas de esa situación, procedentes de la gran literatura española en la que si se llega a otear la existencia del mar (al contrario que en la inglesa) ello sucede como un lamento

por el fracaso causado a una nación que, por todas razones, no parecía poder fallar.

¿A dónde fueron a parar las grandes tradiciones medievales marineras, que todavía pudieron trasladar a las Indias, occidentales y orientales, el "Imperio Español"? Bueno está decirlo, a hundirse en el mar de la burocracia ignorante y despreocupada, desnaturalizada diría yo, de su verdadero ser y de su verdadero significado que vio, y consintió, el pisoteo de las más sagradas tradiciones nacionales, de la diversidad de sus nacionalidades, de sus lenguas y de sus culturas, en aras de la ficticia unidad política, religiosa y lingüística, en el fondo responsable de todos los fracasos de la historia de España al ir, contra natura, y pretender detener con artificios lo que estaba delineado como su evolución natural: el camino de la pluralidad, de la democracia, de la libertad y la libre empresa y la iniciativa competitiva, que bien se perfilaron en la edad media (capítulo III).

Si todas las fuerzas marineras con todos sus ingredientes de libertad y de iniciativa eran necesarias, como se demostró en los primeros cincuenta años a partir del descubrimiento de América, años en los que se reconoció el globo terráqueo, se levantaron cartas y portulanos y se despertó la codicia de los ingleses, en la mayoría de los casos todo hecho a pesar de la corona. Bien denuncia Ortega y Medina el fracaso en el manejo de esos intereses desde la meseta castellana, prescindiendo de quienes sabían y podían hacerlo con conocimiento de causa. Ello provocó la decadencia en sentido inverso del éxito inglés y holandés, causado precisamente por recurrir a ese tipo de hombres, a quienes se dieron facilidades de todo y todavía se les premió. De Lepanto a la Invencible "va mucho trecho", tanto en el tiempo como en los resultados, y todavía quedó el golpe de gracia en Trafalgar donde se dio la puntilla final al incompetente imperio que desangró y arruinó a España por no poner oído a los consejos y a las críticas de quienes sabían. Pero se mantuvo en cambio la tradicionalidad, en "no enmendalla", al continuar usando las naves como plataformas para llevar ejércitos al abordaje, malmanejando la artillería y también la estrategia naval (211-217). Y todo fue consecuencia de haber eliminado por ordenanza a los hombres más emprendedores, autónomos y modernos. Al ir desde la iniciativa privada inicial hasta la burocratización paralizante del Estado-Iglesia, centrado en el corazón de Castilla, se fue en el sentido inverso del que era necesario. De ello fueron responsables la corona, la Iglesia, la nobleza y la burocracia que torcieron la dirección del recorrido establecido por la Edad Media, a partir de los desposorios de los católicos. En ello se dio al traste con la pluralidad estrangulando el desarrollo económico, y convirtiendo en fanatismo a la religión, por torcer su verdadero sentido y permitir que el poder absolutista corrom-

piera la labor tan brillantemente iniciada, para dar paso a una moral falsa e hipócrita en los reinantes y en sus secuaces (217-224).

La consecuencia de dar la espalda al mar y de ignorar la "novedad marinera" fue la prolongada agonía del imperio hasta el fin del siglo xvii, en vez de que se hubieran escuchado a los atinados consejos y proyectos del adelantado de la Florida don Pedro de Avilés, que con visión propuso el plan defensivo con escoltas transatlánticas, fortificaciones de los puertos americanos, y veloces armadillas a base de galezabras ligeras y bien artilladas. Todo fue, lógicamente, despreciado con las consecuencias de rigor.

Por lo contrario, el monarca español se rodeó con la adulación de los servidores rastreros y logreros que formaron la polisodomía administrativa conciliadora, pero además cundió la desconfianza para quienes pretendieran cumplir con responsabilidad, libertad u holgura.

A pesar de los fracasos navales [escribe Ortega y Medina] iniciados bajo el reino del terco Andrenio que fue don Felipe, o, para mejor expresarlo, gracias tal vez a ellos, se robusteció el control, la exclusividad y el monopolio absolutos del Estado-Iglesia español de los siglos xvi y xvii, bien que a costa de las quiebras periódicas, la ruina endémica y la desilusión general acentuada, más y más conforme van transcurriendo los reinados de Felipe III (1598-1621), Felipe IV (1621-1665) y Carlos II (1665-1700) (p. 233).

Decadencia compleja ésta la marinera, pero acompañada del colapso no menos complejo, en todos los aspectos de la economía española con todos los vicios de una sociedad aristocrática y descompuesta, junto con una absoluta impotencia política.

Con tan triste y lamentable realidad, España se tuvo que enfrentar, pero con poca esperanza, con la modernidad europea y con los ataques de las potencias crecientes, la inglesa y la francesa. Los golpes fueron rudos. No sólo se perdieron las posiciones en Europa sino también en Portugal, y Cataluña estuvo a punto de perderse. Buen tino el de Jaime Vicens Vives al escribir que la desacertada política de Olivares "fue liquidar en Europa el futuro del imperio americano [...] Ahí, en América, se hallaba la clave del fracaso del conde-duque en Europa, la razón de los reveses navales y militares, el motivo de la secesión de Portugal y Cataluña", para convertir la monarquía española en simple colonia de las grandes potencias europeas (p. 240). Todo iba además acompañado de la falta de naves, la imposibilidad de defensa y el aumento de las fuerzas enemigas, tanto holandesas como inglesas, que llegaron a preferir mantenerse en guerra con España porque ella les daba un campo abierto para el pillaje del comercio y de los indefensos puertos y costas españolas, y porque cada batalla naval significaba una matanza extraordinaria de españoles, cuya única forma de defenderse era el anticuado y penoso embestir

y abordar contra las naves artilladas con cañones de mayor alcance, como sucedió en la guerra de Cuba, ya en el siglo XIX, en contra de las naves norteamericanas de mayor potencia artillera. Pero se salvó como siempre el honor, se perdió lo que había de la flota, los marineros y los soldados, y también Cuba, pero se mantuvo en pie la dinastía borbónica incrustada, como la austríaca, en una política universal y religiosa a toda ultranza.

Todavía hubo quienes lucharon contra los piratas ingleses y holandeses en el siglo XVI con éxito, pero la corona mandó retirar las flotillas de defensa americanas, y no se aceptó ni la ayuda de particulares, con lo cual en poco tiempo las costas americanas se congestionaron con enjambres de piratas contra los que, para defender el monopolio de la empresa, no se concedieron ni patentes de corso. Pero en cambio se concedieron puestos de importancia a quienes jamás habían navegado. Por ello perdió el posible despacho del almirantazgo el capitán Alonso de Contreras, que pudo con Walter Raleigh tras su segunda expedición a la Guayana; carga que fue a dar a manos de un Figueroa "que no era marino ni había entrado en la mar" (253).

El imperio hispánico se quedó varado y sin barcos. "A la Castilla marinera utilizadora de los Contreras medievales, sucede un imperio español recelosísimo de los Contreras modernos." Y permítaseme llegado aquí [...] las estrofas del prolífico autor Lope de Vega, que en cierto modo son aplicables a la encallada, tradicional, superburocratizada España imperial de los siglos XVI y XVII.

*Con viento mi esperanza navegaba,
perdonóla la mar,
matóla el puerto.*

Bravo y terrible capítulo el último del libro de Ortega y Medina, que nos lleva a reflexionar, con desazón sin par, pues tal parece que la historia de España que nos enseñaron fue aquella que encubre y que no quiere analizar: la de los Austrias y los Borbones pero no la de España. Cuanto hemos visto sucedió en España y en sus colonias pero no fue en la España de las instituciones representativas medievales, en la de los fueros, en la de las libertades sino en la del absolutismo y de la intolerancia, en la de "no enmendalla".

Cada día que pasa nos convencemos todavía más de la verdad que hay en las palabras de Pedro Bosch-Gimpera cuando, después de largo estudio, nos deja como legado la reflexión: "la premisa necesaria es una revisión y una mejor inteligencia de la historia de España que cada tendencia ha deformado a su guisa, pretendiendo que su España es la única posible (*El problema de las Españas*, México. UNAM. 1981. p. 301).

¿Será posible que nunca se llegue a una visión más completa y más interpretativa de la realidad de nuestros problemas, que también arrastran los americanos? Tarea bien ardua para los historiadores. Por eso animan los libros como el presente que llegan a sacudir la conciencia y la imaginación y muestran otros caminos que, si bien en un principio abruman, abren esperanzas de estudio. Y es que la historia del "Imperio" se ha tomado como el estandarte de una España que en "realidad" no era la España que todos quisimos y menos la que esperamos ver resurgir.

Los hombres como Ramón Iglesias, José Gaos, Pedro Bosch-Gimpera, Rafael Altamira, Jaime Vicens Vives, Joaquín Xirau, Antonio María Sbert, José María Miquel i Vergés, Vicente Guarner, todos ellos ya muertos en México y en exilio, excepto uno que murió en Suiza, ni siquiera pudieron soñar en identificarse con esa historia española que tanto cundió.

CARLOS BOSCH GARCÍA.